

Mar de dudas

Mar de dudas

*Conversaciones para
navegar el desconcierto*

CARLOS BRAVO REGIDOR

GATOPARDO GS[•]

Diseño de portada: Estudio Ahuehuate
Ilustración de portada: Gustave Courbet, *Le Désespéré*,
ca. 1843-1845, óleo sobre tela, 45 × 54 cm
© Fine Art Images/Heritage Images/Alamy Stock Photo

D. R. © 2025, Libros Grano de Sal, SA de CV
Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo, 11200,
Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México
contacto@granodesal.com | www.granodesal.com
✉ GranodeSal  LibrosGranodeSal  grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción
y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier
manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico
—entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro sistema
de almacenamiento y recuperación—, sin la autorización
por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-970-96665-3-3 (Grano de Sal)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Lo dudoso es una realidad líquida donde el hombre no puede sostenerse, y cae. De aquí el “hallarse en un mar de dudas”. Es el *contraposto* al elemento de la creencia: la tierra firme. E insistiendo en la misma imagen, nos habla de la duda como una fluctuación, vaivén de olas. Decididamente, el mundo de lo dudoso es un paisaje marino e inspira al hombre presunciones de naufragio [...] Al sentirse caer en esas simas que se abren en el firme solar de sus creencias, el hombre reacciona enérgicamente. Se esfuerza en “salir de la duda”. Pero ¿qué hacer? La característica de lo dudoso es que ante ello no sabemos qué hacer. ¿Qué haremos, pues, cuando lo que nos pasa es precisamente que no sabemos qué hacer porque el mundo —o, se entiende, una porción de él— se nos presenta ambiguo? Con él no hay nada que hacer. Pero en tal situación es cuando el hombre ejercita un extraño hacer que casi no parece tal: el hombre se pone a pensar. Pensar en una cosa es lo menos que podemos hacer con ella. No hay ni que tocarla. No tenemos ni que movernos. Cuando todo en torno nuestro falla, nos queda, sin embargo, esta posibilidad de meditar sobre lo que nos falla. El intelecto es el aparato más próximo con que el hombre cuenta. Lo tiene siempre a mano. Mientras cree no suele usar de él, porque es un esfuerzo penoso. Pero al caer en la duda se agarra a él como a un salvavidas.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Ideas y creencias*

¡El mar, el mar!
Dentro de mí lo siento.
Ya sólo de pensar
en él, tan mío,
tiene un sabor de sal mi pensamiento.

JOSÉ GOROSTIZA, *Pausas I*

Nuestro momento Machado

ELECTION NIGHT PARTY

Cuando entré era una fiesta, cuando me fui parecía un funeral. La noticia no detonó con la repentina claridad de una bomba; fue revelándose poco a poco, como una fuga cuyo goteo termina causando una inundación. Esa noche fui de los últimos en llegar. En la tarde había vuelto al hotel para dormir una siesta y reponerme tras el ajetreado itinerario de encuentros planeados por los organizadores del viaje. Al despertar no sentí apuro, me preparé tranquilamente para ir al último compromiso en nuestra agenda: una *election night party*. Estaba convencido de que no haríamos más que confirmar el desenlace que llevábamos meses anticipando.

En el grupo de observación electoral con el que viajaba quisimos hacer una quiniela, pero de inmediato nos topamos con que todos teníamos el mismo pronóstico. De cualquier forma, decidimos hacerla, no en función de qué candidato ganaría, sino por cuántos puntos de ventaja. Hubo un solo disidente que adoptó la estrategia de “hacer la chica”, uno contra veinte, y apostar por el rival. Confesó que desafiaba la unanimidad por mero oportunismo, pues él también estaba de acuerdo con ella. En los días previos a la elección nos reunimos con periodistas, consultores, diplomáticos, líderes de la sociedad civil y académicos que, sin excepción, estaban igual que nosotros. La pregunta no era quién iba a ganar la presidencia sino con qué margen, o bien, cómo quedaría el Congreso, quiénes entrarían al gabinete, cuáles serían las primeras acciones del nuevo gobierno. Menudencias.

En cuanto a lo fundamental, predominaba una certidumbre documentada y alentadora. El domingo anterior me atreví incluso a publicar un artículo explicándola. Tras considerar las peculiaridades del sistema electoral y la evolución de las preferencias por los partidos a lo largo de la campaña en los estados más reñidos, concluí que, si bien el resultado no pintaba para ser una paliza, la victoria lucía asegurada para uno de los contendientes. Aunque hacia el día de los comicios la distancia entre ellos pudiera apretarse un poco, nada indicaba que lo previsto pudiera revertirse.

Así, con la confianza del escolar que estudió mucho para el examen, llegué a la fiesta, impuntual pero animado. La casa de nuestros anfitriones —admirables veteranos en el mundo de las organizaciones no gubernamentales y la cooperación internacional— estaba llena de gente. El ambiente era cordial, gratamente ruidoso y desordenado.

No me instalé en un lugar fijo ni entablé conversaciones largas con nadie; saludé por aquí y por allá, me serví una copa de vino, hice una llamada, comí algo, digamos que me dejé llevar por la dichosa sensación de que la suerte estaba echada. La jornada electoral concluía y, según las actualizaciones que se iban abriendo paso, las cosas marchaban conforme a lo esperado.

Un par de horas después, algunos estados en los que se proyectaba una competencia muy pareja comenzaron a decantarse, uno tras otro, por el candidato que iba abajo en las encuestas. Una colega se acercó para preguntarme qué estaba pasando. Le contesté con una enredada danza de números. Hizo un gesto de desagrado, murmuró palabras que no entendí y se fue. Mosqueado, saqué la computadora de mi mochila y me puse a hacer cuentas. Revisé varias veces mis cálculos y corroboré que matemáticamente seguíamos en lo dicho. El escenario que se estaba desarrollando caía en un extremo; no obstante, se encontraba dentro de los confines de lo estimado. “Cabeza fría”, pensé. La diferencia se veía más estrecha, sí, pero todavía no conocíamos los resultados en tres estados estratégicos donde era poco probable que hubiera sorpresas.

Le pedí a la anfitriona la contraseña del wifi. Tardó unos segundos en reaccionar y me hizo un ademán entre lacónico y agobiado: “debe estar en la cocina”. El sonido de la fiesta había cambiado: en vez de las voces y risas atropellándose, el silencio era tal que pude escuchar el rechino de la duela bajo mis pasos y el volumen de la televisión, frente a la que se amontonó la mayoría de los invitados. Casi no hablaban y, cuando lo hacían, era en voz baja. Fruncían el ceño, apretaban los labios y se tocaban constantemente la cabeza.

Entró a mi teléfono una llamada de mi esposa. Estaba en casa, agobiada. Intenté tranquilizarla hablándole de los estados cuyos resultados aún no se conocían, de las combinaciones posibles y del umbral de victoria. Cuando acabé, replicó con un lapidario: “¿estás seguro?”. Colgamos porque yo tenía que dar una entrevista. Insistí, pese a las dudas del entrevistador, en mi lectura de la situación. Me despidió con un “lo escucho optimista, profesor”.

Comencé a recibir mensajes de varios amigos. Unos argumentaban

que algo andaba mal, que las encuestas habían fallado, que abriéramos los ojos; otros repetíamos que era necesario esperar, ser pacientes, no apanicarse. Tras un largo ir y venir de alegatos, uno de ellos me escribió: “carnal, perdón, pero creo que estás en negación”. Y sí lo estaba. Me cayó el veinte tiempo después: la mía era una negación basada en confundir lo improbable, porque me resultaba indeseable, con lo imposible.

Pasada la medianoche se anunció, por fin, uno de los resultados clave que faltaban. Ya no había para dónde hacerse. Lo improbable se volvió real.

Regresé con el grupo, todos en *shock*, al hotel. Me recosté en la cama con mi computadora a un lado, sin dejar de refrescar obsesivamente el navegador, a la espera de un *Deus ex machina* que rescatara la trama. Caí dormido con la mano sobre el teclado. A las siete sonó el despertador. Quise pensar, por un instante, que había sido un sueño, que la siesta de la tarde anterior se había prolongado hasta la mañana siguiente, pero no fue así.

“Cuando soñamos que soñamos está próximo el despertar”, escribió Novalis. ¿Pero qué significa, entonces, desear que la realidad sea sólo una pesadilla de la que todavía es posible despertarnos? Era 9 de noviembre de 2016, el día de mi cumpleaños. Seguía en Washington (DC). Había ganado Donald Trump. *Happy birthday to me*.

MAPAS

Desayuno con una querida amiga que vive en DC. Nuestra plática es desconsoladamente monotemática. Ella habla, furiosa, de la importancia del racismo para entender la historia de Estados Unidos, de una “revancha blanca” contra la presidencia de Obama; yo, incrédulo, insisto en el estúpido sistema del colegio electoral, en cuán antidemocrático resulta que gane la presidencia el candidato que no obtuvo la mayoría de los votos. Cuando se hace un breve silencio, escuchamos pizcas de las conversaciones en las mesas que nos rodean; todas son variaciones en torno al inverosímil saldo de la elección.

En el camino al aeropuerto procuramos charlar sobre otras cosas —la familia, el trabajo, los planes para las vacaciones—, como pretendiendo recuperar cierta normalidad. Requiere tanta concentración, se siente tan forzado, que nos da un ataque de risa. Suspiramos. La ironía no nos salva, pero la solidaridad que se forja al compartirla nos consuela.

En los siguientes días, mientras proliferan hipótesis, datos y estudios, alterno entre atormentarme y mal dormir. Lo sorprendente del resultado y sus numerosas implicaciones perturba no sólo a Estados Unidos sino a todo el planeta: algo se quebró.

Reincorporado a mi rutina, estudio la información disponible y publico otro artículo con una explicación mínima sobre lo que pasó. Consigno que, en efecto, la elección se decidió por la voltereta a favor de Trump en tres estados estratégicos: Míchigan, Wisconsin y Pensilvania. A nivel nacional, Hillary Clinton obtuvo casi tres millones de votos más que Trump, pero en la distribución de asientos del Colegio Electoral Trump ganó los 16 escaños de Míchigan por 11 mil votos (0.3%), los 10 de Wisconsin por 23 mil (0.7%) y los 20 de Pensilvania por 44 mil (0.7%). Esos 75 mil votos fueron la grieta —delirante, microscópica— por la que se coló el trumpismo.[†]

En su memoria sobre la elección de 2016, Hillary Clinton describe cuáles fueron los cálculos que hizo su equipo de campaña, los números de sus posibles caminos a la Casa Blanca, y relata cómo, al final, hicieron agua. Cuando la leo, reparo en que los míos eran casi idénticos. Siento alivio al percatarme de que cometí los errores correctos. Menudo desagravio.[‡]

Desde entonces, me obsesioné con conocer la geografía de esa grieta e identificar las fuerzas que la provocaron.

Aprendí que los tres estados donde se materializó esa fractura forman parte del llamado “cinturón del óxido” (*rust belt*), una región junto a los Grandes Lagos, en el flanco oriental de la frontera entre Canadá y Estados Unidos, donde hay una población predominantemente blanca, bajos niveles de diversidad racial y economías muy mermadas por los procesos de

- ▶ desindustrialización: cuando las fábricas se mudan a otros países con costos más bajos de producción, reducen su tamaño o cierran como consecuencia de cambios tecnológicos;
- ▶ precarización laboral: cuando los trabajos se vuelven inseguros y mal pagados, sin prestaciones, contratos estables, derechos básicos ni horizonte de futuro;

[†] Tomo los datos de *The New York Times*, disponible en www.nytimes.com/elections/2016/results/president.

[‡] Hillary Rodham Clinton, *What Happened* (Simon & Schuster, 2017).

- contracción demográfica: cuando migran cada vez más y nacen cada vez menos personas, la población comienza a disminuir y las comunidades se desintegran, y
- deterioro urbano, cuando las ciudades acumulan casas abandonadas, infraestructura sin mantenimiento, basura, falta de servicios o espacios públicos en mal estado, ya sea porque la gente se va, porque no hay inversión o porque los gobiernos locales carecen de recursos.

Hasta ese 2016, eran estados que solían ganar los candidatos presidenciales del Partido Demócrata: Wisconsin, desde 1988; Míchigan y Pensilvania, desde 1992. Clinton encabezó la intención de voto durante toda la campaña, aunque por una ventaja mínima. Pero una serie de factores acabaron invirtiendo la balanza a favor de Trump.

En comparación con otras elecciones, hubo menos participación. A Clinton se le terminó percibiendo como demasiado vinculada al “pantano” de Washington. Su integridad estaba en duda, pues era investigada por el FBI por un supuesto manejo negligente de información clasificada. Y, en un imperdonable desliz de sinceridad, llamó “*basket of deplorables*” [canasta de deplorables] a la mitad de quienes se inclinaban a votar por su rival. Por su parte, Trump supo apelar a los agravios del sector más indiferente de los votantes, sobre todo los que viven en zonas rurales o de baja densidad demográfica, valiéndose de un discurso antiinmigrante, anti-globalización y antiélites. Por si fuera poco, las encuestas tuvieron una ligera tendencia a subestimar al electorado con menor escolaridad, justo con el que el candidato republicano tuvo un mejor desempeño.

Fue, en más de un sentido, la revancha del pasado: de un sistema electoral anacrónico, originalmente concebido para evitar que, en un “exceso” democrático, los estadounidenses eligieran a un demagogo; de una región boyante durante el *boom* industrial de la posguerra pero abandonada por la economía de la globalización, y de una clase trabajadora blanca venida a menos y enfurecida contra las transformaciones que la dejaron atrás.

Revisé muchos mapas de Estados Unidos en esos días. No eran una fuente de alivio, pero al menos sí de orientación en medio del espanto. En ellos indagaba no sólo claves de interpretación o relaciones causales; buscaba una ruta de regreso a la sensatez tras lo que sentía como una golpiza de irracionalidad. Al escudriñar esos mapas, leía un poema de Wisława Szymborska:

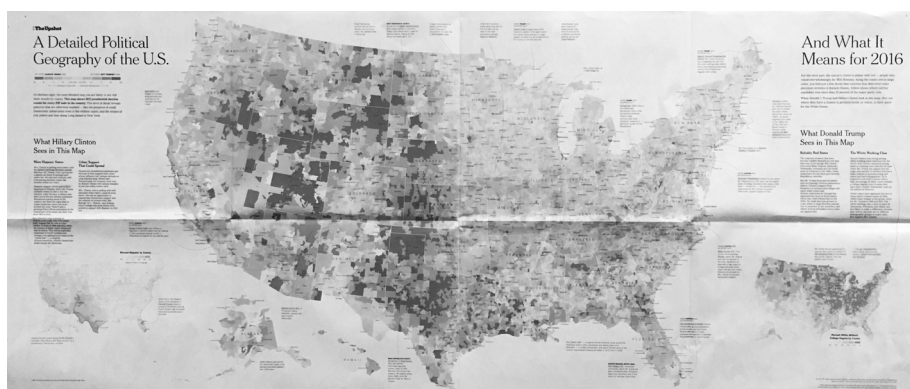


FIGURA 1. “A Detailed Political Geography of the U.S. And What It Means for 2016”, *The New York Times*, 14 de noviembre, 2016.

Plano como la mesa
sobre la que descansa.
Debajo suyo nada se mueve
ni busca una salida.
Arriba, mi aliento humano
no agita el aire
deja toda la superficie
imperturbable.

Sus llanuras y valles siempre son verdes,
amarillas y marrones sus mesetas y montañas,
mientras mares y océanos permanecen amablemente azules
a un lado de sus costas desgastadas.

Aquí todo es pequeño, cercano, accesible.
Puedo aplastar volcanes con la punta de mi dedo,
acariciar los polos sin guantes gruesos,
en un mismo vistazo
puedo abarcar cada desierto
y un río justo a su lado.

Antiguos bosques están marcados con algunos arbolitos,
no podrías perderte entre ellos.

En el este y el oeste,
arriba y abajo del ecuador
hay un silencio como de alfileres cayendo,
y en cada puntito negro
la gente sigue su vida.
Fosas comunes y súbitos escombros
no aparecen en ninguna parte.

Las fronteras de los países son apenas visibles
como si titubearan —ser o no ser.

Me gustan los mapas porque mienten.
Porque no le dan entrada a la cruel verdad.
Porque con gran corazón y buen humor
extienden ante mí un mundo
que no es de este mundo.[†]

No fue así para mí. Los mapas que yo vi ardían. No me hicieron la vida más amable, pero supieron enseñarme la cruel racionalidad a la que responde el nuevo mundo que anunciaba el trumpismo. A la fecha conservo uno que publicó *The New York Times* titulado “Una geografía política detallada de Estados Unidos. Y lo que significa para 2016” (figura 1). Permanece colgado en la pared frente a mi escritorio.

Es un *souvenir* cotidiano de que el mundo, este mundo, cambió.

“DEBERÍAS HACERLE UNA ENTREVISTA”

Atardece en la playa. Recostado en un camastro, termino de leer un libro. Tras el párrafo final recargo hacia atrás la cabeza, cierro los ojos y respiro. Paso unos minutos así, como si estuviera degustando un último bocado, dejándome sentir la placentera tristeza de una lectura que ha llegado a su fin. De pronto me dan ganas de volver a abrir el libro, de rescatar del silencio la conversación que imaginé en sus páginas. Veo mis notas al margen y mis subrayados como quien mira los rastros que quedan sobre la mesa después de un banquete entrañable.

[†] “Map”, en Wisława Szymborska, *Map. Collected and Last Poems* (Mariner Books, 2016), pp. 432-433.